

La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA

Facultad Geográfica e Historia
Universidad de Madrid (Complutense)

Hacia 1873 los imperios coloniales comienzan a configurarse en orden a una serie de factores producto de la revolución industrial y de la implantación *in extenso* del modo de producción capitalista. Junto a ellos, los vestigios de la primera expansión europea, en pugna por acomodarse —normalmente sin lograrlo— a las nuevas exigencias (1). Abordar el estudio de las superestructuras del fenómeno imperialista —en sí mismo objeto constante de polémicas terminológicas que a menudo no hacen sino enmascarar un enfrentamiento ideológico inconciliable—, forma parte de un amplio proyecto de investigación que realizo en la actualidad, lo que, indudablemente, confiere un carácter provisional y revisable a las hipótesis de trabajo que quedan esbozadas en las páginas siguientes.

La materialización y legitimación de las constantes depredatorias que se ocultan en el imperialismo correrán a cargo de una serie de ciencias de nueva constitución —la antropología, la etnología— o de revitalización y reestructuración espontáneas —la geografía, el derecho internacional—, así como de determinadas instituciones científico-benéfico-propagandísticas (misiones, sociedades varias) que cobran insospechado auge y que vienen a desempeñar el papel de cobertura ideológica. En este contexto se inserta la floración de las *Sociedades de Geografía*, constituidas —o

(1) Para una introducción teórica al fenómeno imperialista pueden verse, entre otros, H. ARENDT. *Imperialism*, Nueva York, Harcourt, 1968; R. OWEN y B. SUTCLIFFE. *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, Longman, 1972; W. J. MOMMSEN. *Imperialismus-theorien. Ein Überblick über die neuren Imperialismusinterpretationen*, Göttingen, Vandenoock und Ruprecht, 1977, y, en castellano, J. ACOSTA SÁNCHEZ. *El imperialismo capitalista*, Barcelona, Blume, 1977. Sobre el proceso de reestructuración de los imperios coloniales, *vid.* especialmente J. M.ª JOVER. *El 98 español y los otros noventa y ocho* (en prensa).

arrancadas de su letargo— en torno a los años 70. Partiendo de una tradición científica que asienta sus bases en el siglo XVIII, será París —en 1821— la primera capital europea que vea tomar forma a una *Société Geographique*, modelo sin continuación en Francia hasta 1873, al aparecer la agrupación homónima de Lyon. Berlín —en 1828— y Londres —en 1830— no tardarán en constituir sociedades semejantes: la *Gesellschaft für Erdkunde* y la *Royal Geographical Society*, respectivamente (2). Apeñas sino reflejos miméticos, a un lado y otro del Atlántico (3), hasta la década de los 70 y, a partir de aquí, la marcha renqueante de la ciencia y la tecnología al compás marcado por el proceso económico-político en desarrollo, tratando de legitimar éste ante la opinión pública, al tiempo que le ofrecen unos cauces concretos de expansión. Como vehículos, todo tipo de publicaciones (boletines mensuales, revistas periódicas, literatura de viajes), congresos científicos de diversa temática y contenido, fomento de las expediciones de estudio y reconocimiento de territorios exóticos y desconocidos... El gusto popular terminará por inclinarse hacia todo un conglomerado de componentes ideológicos, vertebrados en torno al afán de aventura, que ahora apenas comienza a esbozarse.

Pero la entidad real de las *Sociedades de Geografía* no puede delimitarse con precisión si no es por contraste con lo que podemos denominar *Asociaciones Coloniales*, instituciones de carácter privado constituidas no antes de los últimos años 70 —con preferencia en la década siguiente— y, en gran número de casos, compuestas por buena parte de miembros comunes a las Sociedades Geográficas. Junto a aquéllos, no obstante, representantes de las burguesías financieras, comercial e industrial condensan y materializan las nuevas exigencias económicas que se imponen paulatinamente, confiriendo a las *Asociaciones* un carácter pragmático

(2) Según la *Estadística de las Sociedades Geográficas* publicada por la *Revista de Geografía Comercial* de 30 de enero de 1886, núm. 12 a 15, págs. 226-28.

(3) La continuidad es evidente en el caso de Alemania: 1836, *Verein für Geographie und Statistik*, de Frankfurt; 1845, *Verein für Erdkunde und verwandte Wissenschaften*, de Darmstadt; 1861 y 1863, *Verein für Erdkunde*, de Leipzig y Dresde, respectivamente; 1869 y 1870, *Geographische Gesellschaft*, de Munich y Bremen; 1973, *Sächsisch-Thüringischer Verein für Erdkunde*, de Halle; 1877, *Geographischer Verein*, de Friburgo; 1878, *Verein für Erdkunde*, de Metz y, en la misma fecha, la asociación que marca el paso hacia el nuevo tipo de agrupaciones con clara intencionalidad pragmática que caracterizamos brevemente más adelante: la *Afrikanische Gesellschaft in Deutschland*, de Berlín, además del *Zentralverein für Handelsgeographie*.

A pesar de constituirse en la primera potencia colonial, Gran Bretaña no contará, paradójicamente, con gran número de sociedades. Hasta 1884 no tendrán Manchester y Edimburgo las asociaciones correspondientes. Evidentemente, será en organizaciones de distinto carácter, del tipo de la *Primrose League*, donde debamos rastrear la acción de determinados y potentes grupos de presión.

Por último, hay que señalar la creación de sociedades semejantes en Río de Janeiro (1838), Méjico (1839), San Petersburgo (1845), Tiflis (1850), La Haya (1851), Nueva York (1852), Viena (1856), Ginebra (1858) y Roma (1867).

que las *Sociedades* se hallaban lejos de poseer. Su tarea fundamental viene dada por la obligación de atraer a la opinión pública en favor de una intervención activa en materias de política colonial, de modo que los centros decisorios del poder se vean constreñidos a actuar rigurosa e implacablemente en este sentido. Precisar lo más exactamente posible el papel desempeñado por ambos tipos de instituciones en el período inicial de su existencia constituye el objeto de esta comunicación. Y, evidentemente, al abordar el estudio de la década 1876-1885 nos veremos remitidos al análisis de una realidad científico-social precaria y dependiente, porque también precario y dependiente era el crecimiento capitalista que se hallaba en su base (4).

Partimos, pues, de un punto de partida que nos ofrece una España, la de 1876, replegada, sobre sí misma y centrada en el proceso de «regeneración» interior subsiguiente al tratado de paz con Marruecos que, en 1860, ponía fin momentáneamente a la intermitente aventura africana; proceso introspectivo al que no será ajena la propia burguesía catalana, directamente interesada, sin embargo, en el asunto. Dos nuevos enfrentamientos: una guerra civil y otra colonial —la *guerra larga* cubana— vienen a completar, explicándolo al menos parcialmente, este panorama de reversión doméstica. No obstante, desde la segunda mitad del siglo, se habían continuado, si bien lenta y pobremente, los trabajos para la elaboración de un mapa geológico de la Península, las mediciones topográficas imprescindibles para la realización del tan largo tiempo demorado catastro, los recuentos estadísticos de la comisión encargada de la confección del censo... Por último, con la creación en 1873 del *Instituto Geográfico*, se iniciaba —en expresión del historiador Jerónimo Bécker—

«...una obra seria y verdaderamente científica, obteniéndose positivos adelantos en los trabajos de alta Geodesia, realizándose extensos estudios altimétricos y metrológicos, dando gran desarrollo a las operaciones topográficas y comenzando a trazarse el mapa de España, cuyas primeras hojas estaban ya a disposición de ver la luz pública a fines de 1874» (5).

Este va a ser el contexto específico sobre el que haga su aparición, en 1876, la *Sociedad Geográfica de Madrid*, a iniciativa del teniente coronel de ingenieros Francisco Coello, hombre de gran prestigio entre mili-

(4) Para el período correspondiente a la guerra de Africa, *vid.* M. C. LÉCUYER y C. SERRANO. *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne (1859-1904)*, París, PUF, 1976, página 8.

(5) J. BECKER, *Los estudios geográficos en España (ensayo de una historia de la geografía)*, Madrid, Est. Tipog. de Jaime Ratés, 1917, pág. 280.

tares y geógrafos (6). Secundando a Coello, Eduardo Saavedra —ingeniero de Caminos y arquitecto— y Joaquín Maldonado Macanaz —Director General de Instrucción Pública—, convocan a primeros de enero a «todas las corporaciones oficiales y a muchos particulares» para la constitución de una entidad semejante a las treinta y tantas sociedades geográficas que, para esa fecha, se hallan en funcionamiento en el extranjero. Alentado y avergonzado a un tiempo por el ejemplo de aquéllas, confiesa Coello haberse decidido por fin a actuar, «para recuperar el tiempo perdido». Recuperación, no obstante, retrospectiva, hacia «la riquísima mina de las glorias que atesoraron nuestros antepasados», puesto que —ya al nivel de 1876— se hacía patente a los contemporáneos que «llegábamos tarde para que España (...) tome parte en lo poco que resta por explorar» (7). Cánovas, tres años después, y en el seno de la misma sociedad que se trataba ahora de constituir, expresará claramente este intento moderado de no quedar por siempre al margen del reparto del mundo:

«No es dado a las naciones que se han quedado atrás salvar de un golpe la enorme distancia que suele ya separarlas de otras; y sólo el trabajo asiduo, multiplicado, entusiasta, puede ir paso a paso acortándola y borrando lentamente los límites que de sus más felices compañeras las alejan» (8).

De este modo, con carácter erudito y científico y —como no podía por menos de ocurrir— siguiendo de cerca modelos foráneos, nacerá la *Sociedad Geográfica de Madrid*. Las relaciones científicas quedan establecidas en su Reglamento como aglutinante para «todas las clases sociales, desde el hombre de gobierno al comerciante o industrial más humilde» (8 bis). Evidentemente, ni el espectro social aludido es completo ni

(6) Vid. la *Velada necrológica en memoria del Excmo. Sr. D. Francisco Coello y Quisada, celebrada en la Sociedad Geográfica de Madrid la noche del 29 de noviembre de 1898*. Madrid, Fortanet, 1898. Sobre la constitución de la Sociedad Geográfica puede verse J. BECKER, *op. cit.*, pág. 284 ss.; T. GARCÍA FIGUERAS, *La acción africana de España en torno al 98*, tomo I. Madrid, CSIC, pág. 97 ss. y breves menciones en E. FERNÁNDEZ CLEMENTE, Joaquín Costa y el africanismo español, Zaragoza, 1977, págs. 22-23 y 26-27. Todos ellos se basan en los datos ofrecidos por el *Boletín de la Sociedad Geográfica* (en adelante BSG), I, 1876, página 5 ss.

(7) BSG, I, 1876, pág. 8.

(8) BSG, VI, 1879, pág. 384: «Sesión en honor de Elcano».

(8 bis) BSG, I, 1876, pág. 9. El art. 2.º del Reglamento estipula que «el objeto principal de la Sociedad será promover el adelanto y la difusión de los conocimientos geográficos en todos sus ramos». Por el art. 3.º «la Sociedad dedicará con preferencia sus estudios al territorio de España y de sus provincias o posesiones de Ultramar, como también a aquellos países con los cuales existan ya relaciones importantes o parezca oportuno fomentarlas».

sería fácil atraer la atención de amplias capas de la sociedad hacia los objetivos propuestos. Jerónimo Bécker se quejará años después de la falta de apoyo de la opinión, de su respuesta negativa, «especialmente, de las llamadas clases altas» (9). El análisis socioprofesional de la lista de fundadores (10) nos permitirá una genérica clasificación de sus componentes.

De un total de 626 socios, se destacan claramente los ingenieros —144— y militares —142—, participando algunos de estos últimos de la condición de aquéllos (11). Junto a éstos, 31 topógrafos (también militares en buen número de casos), 15 miembros del Cuerpo de Telégrafos y 10 médicos civiles, 2 farmacéuticos, 22 diplomáticos, 28 abogados, 19 escritores (uno de ellos, además, «viajero»), 8 arquitectos, 1 pintor de Historia (Luis Madrazo) y 1 escultor. Aparte reseñamos el ámbito oficial de la enseñanza y de la ciencia: 54 catedráticos (sólo uno de ellos de instituto, y otro —se especifica— «de Geografía y Matemáticas»), 4 profesores de primera enseñanza, 58 académicos (12), 8 archiveros y bibliotecarios, 4 astrónomos, 2 miembros del Instituto Geográfico y 2 doctores en Filosofía y Letras. La administración del Estado, en sus altos cuadros, también hará acto de presencia mediante el total de 43 afiliados a la Sociedad, entre ellos cuatro pertenecientes a la Dirección General de Hidrografía. Por último, con un mínimo porcentaje en el total general, hay que señalar la afiliación de 13 «propietarios» (uno de ellos naviero y otro terrateniente), 4 comerciantes, 3 banqueros y 9 miembros del alto clero (entre ellos, los obispos de Mondoñedo, Badajoz, Pamplona y Santiago). Claro —y lógico— predominio, pues, de militares e ingenieros en una sociedad que se orientaba hacia materias de su competencia. Pero, ¿no tendrá esto algo que ver también con la especial relevancia que el ejército adquiere, con la Restauración, en determinado tipo de instituciones y cauces de expresión (13) y que no parece sino una solución compensa-

(9) J. BECKER, *op. cit.*, pág. 287. (Sobre todo, *nota I.*): «Es verdaderamente lamentable que en la lista de socios no figure sino reducidísimo número de personas de la aristocracia y de las planas mayores de los partidos».

(10) BSG, I, 1876, págs. 55-87.

(11) Entre los ingenieros, 86 son de Caminos, 36 de Montes, 21 de Minas y 3 Industriales. Entre los militares, 61 son ingenieros militares, 34 ostentan altas gradaciones, 17 pertenecen al Estado Mayor, y 30 constituyen altos cargos de la Marina, entre ellos 7 almirantes y contralmirantes.

(12) Veinticinco pertenecen a la Academia de la Historia (uno de ellos, además es director de la Biblioteca Nacional), 14 a la de Ciencias Exactas, 8 a la de Morales y Políticas, cinco a la de Bellas Artes, 4 a la Española y un miembro, respectivamente, a la de Ciencias y a la de Medicina.

(13) El florecimiento de la prensa militar es un hecho desde los primeros años del régimen alfonsino. La *Revista Científica Militar*, entre otras, es un claro exponente de ello. En este sentido, *vid.* S. G. PAYNE, *Ejército y sociedad en la España liberal. 1808-1936*, Madrid, Akal, 1977, pág. 82, *nota 9*.

toria al deliberado escamoteo del poder que Cánovas y sus colaboradores pretenden?

Sea como fuere, el hecho es que contamos, de partida, con un conjunto predominantemente moderado, en términos políticos y sociológicos amplios, que sólo más tarde, a partir de los 80, evolucionará hacia una participación activa y limitadamente progresista en el contexto sociopolítico del país. De momento, la timidez informará las gestiones de la Sociedad, incluso con respecto a lo que quedara establecido en su día como objetivo primordial de sus tareas, «la propagación del estudio de la ciencia». Titubeos y temores impiden llegar a un acuerdo, y aún más establecer compromiso alguno. Ya en las juntas generales preparatorias para la constitución de la Sociedad varias voces habían solicitado, el establecimiento de cátedras para la enseñanza de la Geografía (14), siendo sus razones mal acogidas por el presidente de la comisión organizadora, Fermín Caballero, y por sus segundos de a bordo, Saavedra y Coello, que se negaron a suscribir nada más allá del «deseo de que las tareas de esta sociedad tendieran en lo posible a propagar el estudio de la ciencia» (15). Meses después de su constitución formal, deslumbrado el vicepresidente Coello ante los progresos del exterior, expone ante la junta general reunida el 14 de mayo «los ejemplos que debemos imitar», ejemplos que reduce a la subvención de exploraciones científicas, esfuerzo compensado por el alto sentido universal de la misión que entraña:

«...yo espero que alcanzaremos todavía la gloria de que ondee nuestra bandera al frente de una de esas expediciones pacíficas, cuyo objeto no es sólo el de los descubrimientos geográficos, sino el más alto de propagar la civilización y regenerar a los pueblos que viven en la abyección y el fanatismo» (16).

En tanto llega la hora, participación en las Exposiciones y Congresos Geográficos Internacionales: Clermont-Ferrand, Budapest, San Petersburgo y Marsella, entre los primeros.

«En la Exposición de aparatos científicos del Museo de South Kensington, en Londres, han figurado, como era natural, multitud de instrumentos antiguos y modernos, colecciones y estudios geológicos o de diversas clases, como mapas u otros objetos que son auxiliares o resultados de trabajos geográficos. España ha enviado,

(14) La geografía se hallaba evidentemente relegada en los planes de estudios del XIX. Sobre ello hemos de insistir, al hilo de las gestiones realizadas por la Sociedad Geográfica, en las páginas que siguen. Puede verse también J. BECKER, *op. cit.*, pág. 331 ss.

(15) BSG, I, 1876, pág. 17.

(16) BSG, I, 1876, pág. 168.

aunque pocas, algunas muestras importantes, y también uno de nuestros reputados colegas, don Juan Facuendo Riaño, nos ha representado allí con lucimiento» (17).

Añorando el modelo inglés, que establece entre los geógrafos concursos y oposiciones, así como la concesión de premios, alcanza a la Sociedad la *Conferencia de Bruselas*, convocada por el rey Leopoldo II para el mes de septiembre, y de la que habrá de nacer la *Asociación Internacional para la Exploración y Civilización del Africa Central*. Contagiado de entusiasmo regresa Coello de Bélgica, adonde había sido invitado a presenciar las sesiones:

«España debe adherirse al pensamiento de la Sociedad internacional organizada en Bruselas para explorar y civilizar el Africa Central, no sólo por haber sido especialmente invitada para ello y por secundar el humanitario proyecto de las otras naciones de Europa, sino *por ser una de las que más pueden ganar* cuando se logren aquellos resultados (...). Si, como es de esperar, se da ahora gran impulso a las exploraciones, puede considerarse próximo el día en que se abran al comercio extensas y ricas regiones, y es necesario no descuidarse y *acudir antes de que otros países lo monopolicen completamente*» (18).

Hasta aquí, escasa o nula atención a las cuestiones de índole mercantil habían evidenciado las sesiones y tareas en el seno de la Sociedad. El rey de los belgas parecía capaz de arrastrar ahora de un tirón, también a los españoles, en la carrera hacia el campanario. Secundando la iniciativa de Bruselas, y estrechamente vinculada a la Sociedad Internacional, va a quedar constituida, a finales de mayo de 1877 y bajo la presidencia de Alfonso XII, la *Asociación Española para la Exploración del Africa*. Entre sus componentes, la nobleza se destaca netamente: los condes de Toreno, Morphy, Iranzo, Bernar y Villapaterna...; los marqueses de Bedmar, Urquijo, Casa Loring, Campo, Alcañices, Montoliu, Pazo de la Merced, Orovio, Pidal, San Carlos, Santa Cruz, Vega de Armijo, Torrecilla..., y los duques de Bailén, Fernán Núñez, Medina Sidonia, o Santoña, son sólo los nombres más conocidos, entre otros. Junto a ellos, la alta burguesía de negocios (característica de la que participa gran parte de la aristocracia reseñada) y los cuadros políticos hacen su aparición: Ignacio Bauer y Antonio Cánovas se alistan al lado de militares y hombres de ciencia de prestigio: Francisco Coello, José Gómez de Arteche, Aureliano Fernández Guerra, Hilario Nava, Pedro Antonio de Alarcón, Fran-

(17) BSG, I, 1876, pág. 443.

(18) BSG, II, 1877, pág. 315 (El subrayado es nuestro).

cisco Codera, Manuel Colmeiro, Juan Ignacio Escobar, Carlos Ibáñez, Francisco María Tubino, Marcos Jiménez de la Espada o Eduardo Saavedra (19). Composición sociológica. por tanto, notablemente divergente de la que ofrecía la *Sociedad Geográfica*, reducida esta vez a élites aristocráticas profundamente ligadas a la monarquía —condición, por otra parte, obviada por el rey en su discurso fundacional— (20). La costa occidental africana se presenta a partir de aquí como objetivo inmediato e inaplazable, «aunque sólo se trate ahora de las conquistas de la ciencia, de la civilización y del comercio» (21) y, con vistas a una actuación cercana, Ibáñez y Coello presentan un *informe sobre la conveniencia de explorar la parte noroeste de la costa occidental de Africa*. El reconocimiento del terreno, el establecimiento de factorías y el acuerdo sobre los puntos más favorables para llevar a cabo una penetración pacífica (polémica en torno a las posibles ubicaciones varias de Santa Cruz de la Mar Pequeña) absorberán la atención práctica de la *Asociación* en los meses siguientes.

Entre tanto, la *Sociedad Geográfica* se replegaba sobre problemas teóricos y de divulgación. El interés por la extensión y renovación de la enseñanza de la geografía constituye lógicamente —como vía de materialización de la ideología burguesa respecto al colonialismo—, preocupación esencial de las Sociedades Geográficas. En España esto es evidente, como también es evidente el precario grado de afirmación y la inestabilidad de las relaciones sociales que hay en su base. Desde los primeros momentos de existencia de la *Sociedad Geográfica* madrileña, se procuran y persiguen aquellos medios de propagar los conocimientos geográficos que, no obstante ser «lo más efectivos posible» —según la opinión de los miembros más cualificados— no lleguen, sin embargo, a establecer tipo alguno de presión sobre el poder (22). A la altura de 1878 el interés por la enseñanza de la geografía, junto con el análisis de problemas de geopolítica, constituye la preocupación esencial de los debates habidos en reuniones y juntas, así como de los trabajos publicados en las páginas del *Boletín* (23):

(19) BSG, II, 1877, pág. 429 ss.

(20) La reseña que contiene el BSG resume las palabras de Alfonso XII acerca de que «la índole de aquella corporación sería completamente privada y ajena a la política, a fin de que todos los partidos y todas las inteligencias pudieran cooperar a tan patriótico objeto» (*ibidem.*, pág. 430).

(21) *Ibidem.*, pág. 434.

(22) Para estos años, *vid.* reseñas de discusiones en juntas en BSG, I, págs. 484-87, y III, 1877, pág. 503.

(23) BSG, IV, 1878, págs. 248, 250, 251, 349, 354 y, especialmente, 375 ss.: «Memoria presentada por don Luis García Martín relativa a la proposición sobre los medios de propagar el estudio de la Geografía en España».

«Su estudio forma parte de todos los problemas de enseñanza oficial y particular, se exige para todas las carreras del Estado y particulares, pero sin duda por mera fórmula, y relegada en general a lo que se llaman clases accesorias» (24).

Por eso se propugna el más severo expurgo de manuales, compendios y tratados sobre la materia; su deseable sustitución por obras escritas por miembros de la *Sociedad*, dotados de la autoridad y confianza que les otorga la novedad científica de sus planteamientos; y, por último, si nada de lo que antecede fuera posible, al menos habría que tender hacia una clasificación pragmática del conjunto de estudiantes de Geografía, con vistas a la función profesional a que el aprendizaje conduciría en el futuro, adecuando los conocimientos a una serie de finalidades concretas (25). Comisiones y subcomisiones se entregarán al estudio de proyectos de este tipo. Lenta y vacilantemente se avanza hacia una plasmación coherente de los objetivos perseguidos. De todo el conjunto posterior, nos interesa destacar aquí la proposición de los socios Sánchez Massiá y Puig, en enero de 1880, solicitando

«...el nombramiento de una comisión que *gestione cerca del Consejo de Instrucción Pública y del Ministerio de Fomento*, con el fin de lograr reformas en la enseñanza que contribuyan al mayor adelanto y difusión de los conocimientos geográficos en España» (26).

La polémica sobre la conveniencia o inconveniencia de presionar sobre los poderes públicos se enzarzará en las sesiones inmediatas (27). Rápidamente se esgrimirán antecedentes que vengan a suavizar posibles radicalismos. En efecto, tiempo atrás se había presentado a la directiva la proposición de García Martín sobre el mismo asunto, y como consecuencia de haber sido aprobada por la sociedad, el socio de número señor Merelo se hallaba redactado en aquel momento un programa de reformas —si bien es verdad que su destino posterior nunca había quedado específicamente determinado—. En seguida M. M.^a del Valle, que había participado activamente en el acuerdo anterior, se apresura a advertir que

«...a juzgar por los términos en que se hallaba redactada la proposición de los señores Sánchez Massiá y Puig, éstos pedían una intervención directa de la Sociedad en las decisiones del Consejo de Instrucción Pública...»,

(24) «Memoria...» *cit.*, pág. 375.

(25) «Memoria...» *cit.*, pág. 383.

(26) BSG, VIII, 1880, sesión 20 enero, pág. 189 (El subrayado es nuestro).

(27) BSG, VIII, 1880, págs. 190-91, 287, 360-66 y 445.

cuestión que habría que examinar detenidamente, sobre todo teniendo en cuenta que

«...los centros oficiales no se hallaban muy dispuestos a favorecer la enseñanza de la Geografía, pues, antes al contrario, se había tratado de suprimir la única asignatura de esta ciencia que se estudia en la Facultad, la Geografía Histórica».

Distinguiendo, por tanto, entre *programa de reformas* (sobre cuya necesidad insoslayable todos se hallan de acuerdo) y *procedimiento* de llevarlo a la práctica, se pronunciarán en contra de la formación de comisiones que presionen sobre el Consejo de Instrucción Pública los miembros de la directiva Rosell, Abella, Foronda y el propio Valle. El presidente, Nava, que por un momento se sintiera espoleado por la desidia administrativa, contemplando en ésta «un nuevo motivo para insistir con más empeño en las reformas», acabará por ceder ante sus compañeros aceptando sea remitida al redactor del informe en curso, Merelo, la nueva propuesta, únicamente «para que éste la examinara y la tuviera en cuenta». Invitado a la reunión siguiente (9 de marzo), Merelo se presenta ante la junta directiva para excusar su demora en la redacción del programa de reformas que le fuera encomendado. Su argumentación resulta escasamente convincente y viene a desvelar la debilidad de la *Sociedad Geográfica* como grupo de presión: de un lado, las vacilaciones internas; de otro, el escamoteo constante de la responsabilidad directa. «Se trataba no de formular un mero programa —se defiende Merelo por el incumplimiento de esta *difícil misión*—, especie de índice de materias, sino de un verdadero proyecto de reformas en la enseñanza de la Geografía, que debía ir precedido de una extensa y razonada exposición de las causas que impulsaban a nuestra sociedad a dirigirse al Gobierno». Escéptico ante la posibilidad de acogida favorable en el Ministerio de todo lo que signifique «la reforma en cualquier ramo de la enseñanza», Merelo acaba por resumir apresuradamente que «mientras la enseñanza esté monopolizada por el Estado, es imposible que ningún plan ni sistema de enseñanza de resultados favorables...».

Un animado debate seguirá a su exposición: vuelven sobre el tapete las propuestas a favor de la formación de una comisión que, *a nivel oficioso*, conferencie con el Ministro de Fomento o el Director de Instrucción Pública, quienes probablemente solicitaran a continuación el amplio informe que la *Sociedad* proyecta redactar (Rafael Torres Campos). Y también entonces aflorará el tono moderado de la mayor parte de los componentes de la *Sociedad* y su negativa a enfrentarse directamente con el poder, aun en parcela restringida: Rosell argumentará gravemente que «no debemos aspirar a una completa e inmediata reforma, sino tan sólo

a mostrar los defectos actuales, procurando que se introduzcan en un nuevo plan las modificaciones posibles...». Por otro lado, al indicar Villaamil la conveniencia de tratar este tipo de asuntos en reuniones ordinarias de la *Sociedad* y no en las de la junta directiva, se producirá un prolongado alboroto resuelto finalmente tras la confirmación de la competencia exclusiva de la directiva para tratar cuestiones de esta índole, ya que parece evidente que

«...en reuniones numerosas siempre es difícil obtener acuerdo que a todos satisfaga, máxime cuando (...) el mayor número de votos no convence a los que se hallan en minoría» (28).

Tras su actitud se transparenta el miedo a un desbordamiento que oblique sin dilaciones a la acción directa junto a la administración. Durante un tiempo, nada o poco más al respecto. El fervor inicial ha decrecido y la *Sociedad* atraviesa problemas financieros por retraso en el pago de las cuotas y descenso en el número de socios hasta niveles que comienzan a ser preocupantes. Torres Campos se ve obligado a insistir en ello en sus periódicas *Reseña(s) sobre las tareas y estado de la Sociedad Geográfica de Madrid*:

«En el último semestre (1881) han ocurrido ocho (bajas) (...). Esta falta de interés obliga a la Sociedad, en mi opinión, a redoblar sus esfuerzos, trabajando incesantemente por la propagación de los estudios geográficos (...). Los esfuerzos aislados de un grupo de personas, por mucho que valgan, no bastan para promover importantes viajes ni para decidir a los gobiernos a gastos de consideración. Exige esto atmósfera creada por la opinión pública; y para que la Geografía llegue a ser un interés nacional precisa organizar cuidadosamente la enseñanza, con tendencia a hacer desaparecer el desnivel que en este ramo de la cultura existe hoy entre España y los pueblos adelantados de Europa (...). Cuando el estudio fundamental de la Geografía se extiende en el extranjero (...) desaparece entre nosotros la Geografía de los programas de la enseñanza superior, y tenemos centenares de escuelas sin una mala carta. Mientras sigamos así, España no entrará ciertamente en el movimiento de exploraciones geográficas» (29).

Evidentemente, había quien parecía haber olvidado que precisamente de esto se trataba. Pero la necesidad de abordar las cuestiones coloniales desde un ángulo real estaba ahí, imponiendo su presencia a pesar de un

(28) BSG, VIII, 1880, sesión 9 marzo, págs. 360-66.

(29) BSG, XI, 1882, pág. 10 ss., reseña leída ante la junta general el 6-XII-1881.

contexto socio-político hostil, expresión inevitable de deficiencias estructurales de complicada etiología. Si la *Asociación Española para la Exploración del Africa* va declinando —estrangulada en su dependencia sucursalista del colonialismo extranjero—, el vasco Manuel Iradier, al frente de su sociedad *La Exploradora*, partirá muy pronto para el Africa Central, tras recabar ayuda económica de sus paisanos y respaldo moral —incapaz de obtener otra cosa— de las dos asociaciones madrileñas. La *Sociedad Geográfica* (ya hemos aludido a ello) atraviesa graves apuros económicos. Como mero paliativo el secretario Torres Campos, ya en enero de 1879, había vislumbrado una única posibilidad:

«Desde mayo han ingresado 15 socios y han sido dados de baja 103. Somos en la actualidad 460. La propaganda para aumentarlos no da, pues, gran resultado; y es que no será mucho mayor el número de las personas a quienes interesa la geografía teórica en España. ¿Tendremos en vista de esto necesidad de resignarnos a continuar en la situación presente?»

Pero ya que el comercio, en constante progresión, necesita tanto de la geografía

«¿no podríamos consagrar parte de nuestros esfuerzos a estas cuestiones económicas mediante la constitución de una sección de Geografía comercial, que atrajese aquellas personas consagradas a profesiones prácticas que necesitan obrar en vista de los resultados de la Estadística y de la Geografía?» (30).

Pretende de esta manera Torres Campos ensanchar la esfera de acción, atraer hacia la sociedad componentes socioprofesionales más dinámicos, capaces de revitalizar una lánguida existencia. También habrá de enfrentarse, ésta que se calificará después de «mera opinión particular» con múltiples y acendrados «temores», fundados en la experiencia «de lo que en otros países sucede, de que la nueva sección divide las fuerzas y recursos de la Sociedad» (31). Retomada la idea en diversas ocasiones no hallará eco, sin embargo, hasta que en 1882 Joaquín Costa, «conocido por sus trabajos sobre Africa», pase a formar parte de la *Sociedad*. Con postulados invariablemente librecambistas, la *Sociedad* va dando acogida en sus locales a conferenciantes que disertan sobre la geografía y el comercio, y, más específicamente, sobre Marruecos y la política comercial española. La firme mano de Costa parece dejarse ver tras una *Reseña* redactada en un tono imperativo y seguro, muy lejano al acostumbrado

(30) BSG, VII, 1879, págs. 275-76.

(31) BSG, VII, 1879, pág. 428, sesión de 18-XI-1879.

en las páginas del *Boletín*, que se decide por fin a reclamar del gobierno una actitud decidida en materias de política colonial:

«...podemos considerar cerrado el período de las discusiones: ha llegado el tiempo de obrar. Precisa entablar relaciones efectivas con las tribus de la costa occidental de Berbería, llevarles nuestros productos y traer a los mercados españoles los que conducen las caravanas; que la ocupación militar sirva para amparar algo, que a su sombra se creen intereses por una y otra parte. ¿Tomará el comercio la iniciativa para esto? Es dudoso. Abrirle caminos, mostrarle los resultados que el tráfico de Africa puede producir es obra verdaderamente práctica, de utilidad suma, que está estrechamente ligada a realizar la Sociedad. Fáltanle medios para esto; pero como no es extraño que el Gobierno subvencione sociedades privadas (...) entiendo que debiera reclamarse una suma para llevar a cabo, bajo la dirección de la Sociedad Geográfica, una empresa comercial de ensayo, cuyos resultados, hechos públicos, sirvieran de estímulo a los particulares» (32).

En el poder los liberales, ocupaban en ese momento cargos de importancia en el gobierno miembros de la *Sociedad Geográfica* que habían «abogado calurosamente por la política comercial y de amplios horizontes». Parecía por tanto más factible entonces la presión junto a la administración central: «Podemos contentarnos con una obra modesta —concluía la *Reseña*—; de ningún modo es lícito permanecer inactivos». Un paso más y se verá convocado el *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil*, adonde arrastrará la vehemencia de Costa:

«Es para nosotros una necesidad apremiantísima el que nos asociemos al espíritu civilizador que agita a todas las naciones europeas (...). No sería prudente ni patriótico aguardar a que los gobiernos se muevan a satisfacer esa necesidad (...) no hay minuto que perder: atravesamos un período en que se deciden los destinos de la raza española, y ese período está a punto de consumirse. Que la nación se duerma en esta hora crítica, y cuando sus gobiernos la despierten se encontrará con la obra hecha, y cerradas para ella las puertas del continente africano...» (33).

La consulta previa a la convocatoria del Congreso, suscrita por una comisión formada por los miembros más *progresistas* de la *Sociedad*

(32) BSG, XIV, 1883, pág. 326.

(33) BSG, XIV, 1883, pág. 464 ss., «Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil. Circular».

(Fernández-Duro, Costa, Ferreiro, Torres Campos) recibiría una respuesta afirmativa mayoritaria por parte de las instituciones a que había sido dirigida. El Congreso, celebrado en el mes de septiembre, decidiría —como postura menos aventurada— la constitución de la que habría de llamarse *Sociedad Española de Africanistas y Colonistas*, con un objetivo primordial:

«...mantener vivo y alentar el movimiento producido del Congreso, llevando a cabo lo que a la Sociedad Geográfica no le es dado por su organización especial realizar: ponerse en contacto con la opinión del país, agitarla para que se forme sentido y se determinen aspiraciones que sirvan para apoyar al Gobierno o imponerse a él si fuera preciso; y con el fin de que cuestiones de tanta trascendencia para el presente y para el porvenir de España, como nuestra acción en Africa, las conductas de nuestros diplomáticos, los actos de nuestros jefes de fuerzas navales y la situación de nuestras colonias preocupen tanto, por lo menos, como las disoluciones de ayuntamientos, la reforma constitucional o la extensión del sufragio» (34).

Es el momento de la constitución de la *Unión Hispano-Mauritana* de Granada, o de la *Sociedad de Geografía Mercantil* de Barcelona, pero éstas son cuestiones que escapan ya a los límites que nos hemos fijado aquí. Al margen de las preocupaciones mercantiles, la *Sociedad Geográfica* madrileña seguirá sin embargo, prestando su atención a la enseñanza y sus problemas (35). No obstante, García Martín habrá de recordar, en la sesión de la junta directiva de 16 de junio de 1885, que aún no ha sido presentado por Merelo el informe o dictamen sobre reformas que se le encomendara tiempo atrás. Citado una vez más para informar, Merelo declara el 23 de junio que

«...desde hace tiempo tenía empezado este trabajo, pero no puse gran empeño en terminarlo porque creía que habría de ser ineficaz, puesto que son tantas y tan radicales las reformas que exige el actual plan de enseñanza, que consideraba punto menos que imposible conseguir que ningún Gobierno aceptase las que propusiera la Sociedad» (36).

En los días siguientes se abrirá debate sobre la cuestión. A favor de las reformas inmediatas se pronuncian el catedrático Manuel M.^a del Valle,

(34) BSG, XVI, 1884, págs. 298-99 (Torres Campos).

(35) BSG, XVII, 1884, pág. 362, y XIX, 1885, págs. 45, 47, 49-50, y 408.

(36) BSG, XIX, 1885, pág. 47.

Torres Campos y Suárez Inclán, que acometieron al tiempo la crítica del sistema de enseñanza en los centros oficiales, institutos de segunda enseñanza y escuelas especiales civiles y militares, respectivamente. El presidente de la *Sociedad*, Santiago Moret, leía a su vez, el 30 de junio, unas notas *Sobre la enseñanza de la Geografía en Europa*, ciencia que «ha dejado ya de ser un estudio seco, árido y, por decirlo así, mecánico», siendo en la actualidad «como el resumen, el punto de convergencia de todas las ciencias modernas». Como modelo, el caso inglés, reflejado en la denominada «Instrucción a los Inspectores de las escuelas del Reino Unido»:

«Es necesario hacer comprender a los maestros que si el estudio de la Geografía ha de ser útil, debe basarse no sólo en la descripción física de los países, sino en la asociación de ideas que resulta de enlazar los nombres de las ciudades y sitios con aquellos hechos históricos, sociales e industriales que les dieron fama u ocurrieron en ellos. Es además de gran interés que en los exámenes de las clases superiores se exija de los alumnos al conocimiento de las colonias inglesas, de sus productos, sistema de gobierno, recursos y todo aquello que se relacione con el clima y la manera de vivir, a fin de que se conozca todo cuanto en aquellos países invita a la emigración o al espíritu de empresa» (37).

Pero la fiebre colonial desaparece pronto en España. Incapaz de sustentarse sobre la débil consistencia del capital español, habrá de quedar en breve reducida a la impotencia de una teoría mimética, cuyos propugnadores no acaban de caer en la cuenta de que no era el colonialismo la causa de la riqueza de los países del centro del sistema capitalista, sino esa misma riqueza la que *exigía* la dominación de aquellos sobre la periferia. El voluntarismo del movimiento colonial español anterior al 98 —sin entrar aquí en realizaciones concretas por parte de la burguesía catalana, repetidas veces frustradas— se destaca, por tanto, como la característica esencial del proceso. La *Sociedad Geográfica*, y en especial su fundador Coello, se acercaron constante y *prudentemente* al poder para informar con erudición y entusiasmo sobre todo tipo de detalles concernientes a negociaciones diplomáticas, cuestiones de límites fronterizos, antiguos y —quizá— periclitados títulos, legitimidad o usurpación flagrante de territorios... Vegade Armijo, Moret, Azcárraga e incluso en ocasiones Cánovas parecieron prestar oído, intermitentemente, a estas aspiraciones, «pero en empeños de esta naturaleza —se lamenta Torres Campos pocos días antes de la firma del tratado de París— no basta el

(37) BSG, XIX, 1885, pág. 68 ss.

esfuerzo aislado de un hombre político, se necesita fijeza en las aspiraciones, insistencia en una política nacional que permita que continúe un partido la obra de otro y que cambien los Ministerios sin que varíe en cuestiones exteriores el sentido de los Gobiernos» (38). Se necesita, añadimos nosotros, un ritmo de afirmación de las relaciones sociales capitalistas superior al de la España del momento.

Ausentes de sus consideraciones las veleidades librecambistas que en repetidas ocasiones enfrentaron a los propagandistas de la *Sociedad Española de Africanistas y Colonistas* con el proteccionismo catalán, al margen de toda reflexión sobre su propia condición de burgueses, los miembros más activos de la *Sociedad Geográfica* —un puñado de hombres, en suma— concentrarán sus esfuerzos sobre lo que consideran *ciencia pura* de la geografía, apolítica aunque, naturalmente, patriota. Un breve epílogo que cierre el período en 1898 resumirá apresuradamente la historia de un ensayo educativo frustrado y contradictorio, como la realidad socioeconómica que lo sustentaba.

Los años siguientes a 1885 no pasan en vano: las reuniones y juntas de la *Sociedad* contemplan invariablemente proyectos y más proyectos de las increíblemente reiteradas «reformas en la enseñanza de la geografía» (39), en cuya defensa comienza a oírse una de las voces más templadas y coherentes de la ideología colonial española, la de Ricardo Beltrán y Rózpide. En la sesión de 16 de octubre de 1894 la junta acordará «poner ya en conocimiento de los señores Ministro de Fomento y Director de Instrucción Pública las ideas y opiniones de la Sociedad» respecto a la enseñanza de la geografía en las escuelas primarias. Una comisión de representantes (Botella, Foronda, Gorostidi y Beltrán) visitará, en consecuencia, al ministro, quien solicita de ellos la redacción por escrito de cuantas indicaciones estimen pertinente presentar. Con el Director General de Instrucción Pública las gestiones van a ser más fructíferas: con fecha 19 de diciembre de 1894 queda encomendada a la *Sociedad* madrileña, por encargo de aquella Dirección General, la redacción de un «tratado, elementos o nociones de Geografía» que se conviene confiar a la pluma del secretario de la *Sociedad*, Martín Ferreiro, autor de un concienzudo *Atlas Geográfico* (40). En poco menos de seis meses Ferreiro da por concluido su trabajo, algunos de cuyos capítulos había ido sometiendo paulatinamente a la aprobación de los miembros de la junta directiva en sus reuniones semanales. El manuscrito quedará aprobado el 18 de

(38) *Velada necrológica... cit.*, pág. 41.

(39) BSG, XIX, 1885, pág. cit. nota 35; XX, 1886, pág. 62; XXV, 1888, pág. 285; XXVII, 1889, pág. 396; XXX, 1891, págs. 238-40; XXXI, 1891, págs. 413-15; XXXII, 1892, pág. 385; XXXIII, 1892, pág. 445; XXXIV, 1893, págs. 187, 189 y 374, y XXXVI, 1894, págs. 126-28.

(40) M. FERREIRO, *Atlas Geográfico de España, islas adyacentes y posesiones ultramarinas*, Madrid, Gaspar y Roig editores, 56 folios con mapas (s. f.).

junio de 1895, decidiéndose pasar inmediatamente al dibujo de las láminas que habrían de ilustrar la obra (41).

Hasta aquí, los textos con más frecuencia utilizados para la enseñanza de la geografía, o bien arrastraban una vieja tradición —como el de Félix Sánchez y Casado (42)—, o bien consistían en traducciones, preferentemente francesas —como el muy reputado y voluminoso de Eliseo Réclus— (43). Inmediatamente acudirá Ferreiro a presentar su manual ante los inspectores generales de enseñanza, una vez ultimado el dibujo de las láminas (abril de 1896). La muerte le impedirá verlo aceptado, y serán sus compañeros de la *Sociedad* quienes gestionen en la Dirección General de Instrucción Pública la posibilidad de subvencionar el manual, obteniendo de Rafael Conde y Luque promesas de máxima ayuda a la publicación, «porque la consideraba de excepcional importancia por la novedad del método, que era sin duda el más conveniente para la enseñanza de la Geografía en las escuelas» (44). Nuevo desaire para un reducto del estudio y la cultura: dos años más tarde la *Sociedad* andaba en tratos «con una casa editorial de Barcelona» para concertar la publicación del *Compendio de Geografía Elemental* de Martín Ferreiro, «abrigando la esperanza de llegar a un feliz resultado en condiciones ventajosas» (45). Nada sabemos de que el libro llegase a ver la luz pública; ni siquiera entre los fondos bibliográficos de la *Sociedad Geográfica* que hoy custodia la Biblioteca Nacional hemos podido localizar la obra. Todavía en 1917, después de las reformas de 1901 y 1914 que afectan marginalmente a la enseñanza de la geografía, podía decir J. Bécker con razón que el estado de aquélla era «deplorable». Cerrada la cátedra universitaria de Valle y Cárdenas, la *Sociedad* había pasado a ser el único centro dedicado a los estudios geográficos en Madrid, e insistentemente había pedido el establecimiento de cátedras específicas para la segunda enseñanza, más la creación de una *Escuela de Geografía* como sección agregada a la Universidad Central, con un plan de estudios que incluyera las nociones de «ciencias físicas, naturales, antropológicas y sociales que son menester

(41) *Vid.* BSG, XXXVII, 1895, págs. 75, 78, 79-80, 319-20, 335 y 481.

(42) F. SÁNCHEZ Y CASADO, *Prontuario de Geografía*, 15.ª ed., Madrid, Hernando, 1896, 110 páginas.

(43) E. RÉCLUS, *Nueva Geografía Universal. La tierra y los hombres*, que se compone de: *La tierra. Descripción de los fenómenos de la vida del globo*, versión bajo la dirección de M. Ferreiro, Madrid. El progreso Editorial, 1892, 2 vols.; 1.ª serie. *Europa*, versión... F. Coello, 1890-92, 3 vols.; 2.ª serie. *África*, versión... F. Coello, 1889-90, 2 vols.; 3.ª serie. *Asia*, versión... M. Ferreiro, 1890, 1 vol.; 4.ª serie. *América del Sur*, versión... G. Reparaz (s. f.) 1 vol.; y *América boreal*, versión... M. Ferreiro, 1890-93, 3 vols. *Vid.* también una «Crítica de la geografía de Réclus en la parte relativa a la América española», por G. REPARAZ, en BSG, XXXVII, 1895, pág. 489.

(44) *Vid.* BSG, XXXVII, 1896, págs. 76, 278, 286, 295 y, especialmente, 296.

(45) BSG, XL, 1898, pág. 313.

para poder cursar con fruto, en dos años, la Geografía descriptiva y cartográfica general y de España y la Geografía científica, ambas en sus varios aspectos político, económico e histórico, la Metodología de la enseñanza geográfica y la Historia de la Geografía, y que, de no fundarse esta *Escuela*, se crease una Cátedra de *Geografía de España* en la Facultad de Filosofía y Letras» (46). Desde 1901, sin embargo, existirá en la Sección de Historia de dicha Facultad la asignatura de *Geografía política y descriptiva*, mejora claramente insuficiente y que mínimamente venía a satisfacer las aspiraciones de los geógrafos españoles: «De aquí la ignorancia que existe en nuestro país —concluía Bécker— en materia de Geografía, aún entre personas de cierta cultura, y que por la posición social o política que ocupan están llamadas a ejercer influencia en el desarrollo de la vida nacional». Y a esa ignorancia práctica de las características del enemigo habían achacado algunos la pérdida irreversible del viejo imperio colonial.

(46) J. BECKER, *op. cit.*, pág. 331, y sobre todo, R. BELTRÁN Y RÓZPIDE, «La Geografía y su enseñanza», en BSG, XXXII, 1892.